

Prólogo

Este texto de Jung que presento traducido, cuyo título original es *Das Grundproblem der gegenwärtigen Psychologie* se encuentra contenido en el libro *Wirklichkeit der Seele*¹ (*Realidad del alma*), que incluye escritos de los años 1929 a 1934, realizados como respuestas a preguntas del público, cubriendo muchos temas de la psicología moderna.

Nota biográfica

Karl Gustav Jung (1875-1961) nació en la ciudad suiza de Kesswil como hijo de un clérigo protestante.

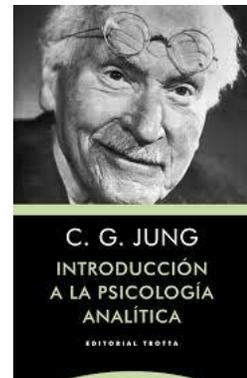
Se gradúa en medicina psiquiátrica y en psicología, en las universidades de Basilea y Zürich y desarrolla un conocimiento profundo en biología, zoología, paleontología y arqueología.

Fue colaborador cercano de Freud. Pero se aleja de éste con la publicación de la *Psicología del Inconsciente* (1912, revisada en 1916).

El desarrollo posterior de sus teorías y de su trabajo psicoterapéutico, traza un conocimiento amplio y profundo de la mitología y la historia. Sabemos que se dedica a recorrer diversos lugares culturales, tales como México, India, Kenia, entre otros.

Se dedicó especialmente a la metodología analítica y establecer vínculos entre la psicoterapia y las creencias religiosas, la alquimia y los estados alterados de conciencia.

Entre sus ideas más notables está el concepto de Sincronía y el método de imaginación activa.



¹ Deutscher Taschenbuch Verlag, 1971 – 1990

Editado por Lorenz Jung sobre la base de las Obras Completas (Gesammelte Werke)

Introducción

Este texto de Jung posee tal actualidad que me parece imprescindible darlo a conocer. La verdad es que no sé si ya existe una versión castellana de este trabajo. Puedo, no obstante, defender la calidad de mi traducción, en la que he conservado por completo las expresiones y metáforas alemanas, así como la mayoría de sus partículas ilativas y enfáticas.

*Llevas en tí mismo un amigo sublime que no conoces.
Pues dios reside en el interior de todo ser humano, pero pocos lo saben encontrar.*

Bhagavad Gita

Observo mi mundo y lo veo preso en la telaraña de un materialismo recalcitrante. La gente ha sucumbido a las luces y al bienestar efímero del embotamiento de los sentidos. La proliferación de prácticas terapéuticas alternativas y un mayor desenfado a la hora de explicar los contenidos anímicos y la experiencia en la vida, testimonian algo que Jung ya nos decía en los años 30 del siglo pasado: estamos acumulando experiencia espiritual y no podemos negar la emergencia de tales contenidos en un mundo que quiere robarnos el alma.

Se dice que quienes hacen pacto con Satán, pierden su alma. Nuestra época ha hecho este pacto, ha recibido a cambio el dinero y el planeta entero expuesto a la destrucción. En el altar de sacrificio están los cuerpos ensangrentados, de millones de individuos que se pierden por creer en ídolos sin alma. La locura colectiva de nuestro mundo proviene de una ciencia irresponsable, es decir, desvinculada de toda ética. En el presente artículo encontramos también algunas indicaciones al respecto. El sentimiento de vaciedad en la gente proviene de un saber que sólo habla a sus cabezas y deja mudos y fríos sus corazones.

Jung nos ofrece un fundamento para comprender mejor nuestra existencia y recuperar partes dormidas de nuestro ser. Estamos obsesionados con la materia y se nos quiere hacer creer que la comprendemos y que conocemos cabalmente el funcionamiento interno del mundo. Se nos quiere obligar a afirmar un credo al que uno no puede oponerse sin pagar con la exclusión y el escarnio. Se combate todavía el dolor anímico con píldoras y se uniforma a los individuos para supeditarlos a los poderes del Estado. No se nos permite abrir los ojos para ver el mundo desde la experiencia antiquísima de nuestros ancestros, se nos mantiene cegados para todo lo que no sea burdamente material.

El hilo conductor de esta obra de Jung nos retrotrae hasta la más lejana antigüedad. El saber perdido se puede recuperar, si observamos con atención nuestros sueños y escuchamos en nuestro interior.

Gerardo Santana Trujillo - Melipeuco, 23 de agosto de 2004

Después que el medioevo, tanto como la Antigüedad, si no también toda la humanidad, desde sus primeros comienzos, había partido del convencimiento de un alma sustancial, surge en la segunda mitad del siglo XIX una psicología >>sin alma<<. Bajo la influencia del materialismo científico, todo aquello que no se podía ver con los ojos ni tocar con las manos, se tornó dudoso, y más aún hediondo, por sospecha de metafísica. Como >>científico<< y con ello como lo único admisible, valía sólo lo que era reconocidamente material o podía ser deducido de principios percibidos sensorialmente. Este cambio de impulso se había preparado largo tiempo. No comenzó primero con el materialismo. Cuando la época gótica, siempre aspirando a la altura, se elevó sobre una base estrecha, tanto en lo geográfico como en su visión de mundo, lo que encontró su fin en la catástrofe espiritual de la Reforma, el espíritu vertical de Europa fue cruzado aquí por el horizontal de la conciencia moderna. La conciencia no creció más hacia la altura, sino a lo ancho, tanto en lo geográfico como en la visión de mundo. Era el tiempo de los grandes viajes y de la ampliación empírica del concepto de mundo. La creencia en la substancialidad de lo espiritual se alejó lentamente hacia la creencia cada más apremiante en la substancialidad esencial de lo físico, hasta que finalmente –en el curso de casi cuatro siglos- la conciencia de punta de pensadores e investigadores europeos vio el espíritu en completa dependencia de la materia y de causas materiales.

Sería ciertamente incorrecto decir que todo este cambio haya sido originado por la filosofía o las ciencias naturales. Siempre hubo suficientes filósofos y científicos inteligentes, quienes desde una intuición más alta y un pensamiento más profundo participaron no sin protesta en esta reversión irracional del punto de vista e incluso se pusieron en contra, pero les faltó popularidad y su resistencia resultó impotente frente a la ola irracional de lo físico, de la preferencia general y según sentimiento. Uno no cree, pues, que tales transformaciones tan violentas de la visión de mundo provengan del raciocinio, pues no hay raciocinio alguno en absoluto que pruebe o rechace tanto el espíritu como la materia. Ambos conceptos son, como puede saber hoy cada persona inteligente, no otra cosa que símbolos, puestos para factores desconocidos, cuya existencia, se exige o se niega según capricho del temperamento individual o del eventual espíritu de la época. Nada impide a la especulación intelectual, concebir la psiquis como un fenómeno bioquímico complicado y con ello, en primera línea, como un juego de electrones, o, por otro lado, declarar la ausencia de ley en el interior del átomo como una vida espiritual.

Que la metafísica del espíritu fue reemplazada por una metafísica de la materia en el siglo XIX, tomado intelectualmente, es una pura charlatanería, pero psicológicamente, es una revolución inaudita de la

visión de mundo. Todo más allá se trueca en un más acá, toda fundamentación y todo establecimiento de fines, incluso todo otorgamiento de sentido se produce sólo en límites empíricos –al parecer, esto quiere decir que, ésto se le muestra al entendimiento ingenuo, todo lo invisible interior se hace visible exterior, y todo valor se funda sobre el llamado hecho.

Carece por completo de esperanza tratar de abordar filosóficamente este cambio irracional. Uno mejor no hace este esfuerzo, pues si hoy alguien deriva el fenómeno espiritual o anímico a partir de funciones endocrinas, entonces puede estar seguro de la devoción y el alta estima de su público; pero si alguien debe hacer el intento de explicar la fisión atómica de la materia estelar como una emanación del espíritu creativo del mundo, entonces el mismo público lo tendría por una anomalía mental lamentable. Y ésto aunque ambas explicaciones son igualmente lógicas, igualmente metafísicas, igualmente arbitrarias e igualmente simbólicas. Según la teoría del conocimiento es admisible asimismo derivar el ser humano desde una especie animal, como las especies animales desde el ser humano. Pero a Dacqué²le es académicamente mal recibido, como se conoce, su pecado contra el espíritu de la época. Con el espíritu de la época no se puede bromear, pues es una religión, mejor dicho una confesión, un credo, cuya irracionalidad no deja nada que desear, pero que posee a la vez la desagradable característica, de querer valer como medida de valor absoluto para toda verdad, y levanta la pretensión de tener de su parte toda racionalidad.

El espíritu de la época no se puede comprender con las categorías de la razón humana. Es un >>penchant<<, una tendencia según sentimiento, que afecta desde fundamentos inconscientes con sugestión superpoderosa todos los espíritus más débiles y los arrastra consigo. Pensar diferente a como se piensa de hecho en la actualidad, tiene siempre el sabor de lo injusto y molesto, incluso es algo como indecente, enfermizo o blasfemo, por ello socialmente peligroso para el individuo. Éste nada como un loco contra la corriente. Así como antes era una suposición evidente en sí misma, que todo lo que es, nació una vez de la voluntad creadora de un dios espiritual, asimismo el siglo XIX descubrió la verdad evidente, que todo procede de causas materiales. Hoy no es la fuerza del alma la que se construye un cuerpo, sino al revés, la materia genera un alma desde su química. Esta inversión sería irrisoria, si no fuera una de las verdades más grandes del espíritu de la época. Pensar así es popular y por eso decente, razonable, científico y normal. El espíritu debe ser pensado como un

² Nota del traductor: Dacqué, Edgar, 1878, † 1945, Científico natural y filósofo alemán que derivó desde la paleontología hacia la investigación de los Mitos.

epifenómeno de la materia. Todo fluye a partir de esta conclusión, aunque uno no diga precisamente >>espíritu<<, sino >>psiquis<< y no hable precisamente de >>materia<<, sino de >>cerebro<<, >>hormonas<<, >>instintos<< o >>tendencias<<. Darle al alma su propia sustancia es contrario al espíritu de la época, pues sería herejía.

Hemos descubierto que fue una presunción intelectual arbitraria de nuestros antepasados, asumir que el ser humano tenga un alma sustancial, de naturaleza divina y por ello, inmortal, que haya una fuerza anímica propia, que construye el cuerpo, que mantiene su vida, cura sus enfermedades y capacita al alma para llevar una vida independiente del cuerpo, que haya espíritus incorpóreos con los que el alma tiene trato y que haya un mundo espiritual más allá de nuestro aquí empírico, del que le viene una ciencia de cosas espirituales, cuyos orígenes no pueden encontrarse en este mundo visible. Sin embargo, la conciencia general no ha descubierto aún, que es del mismo modo presuntuoso y fantástico, cuando asumimos que la materia genera naturalmente alma, que los monos producen a los humanos, que de la consonancia armónica de hambre, amor y poder surge la Crítica de la Razón Pura de Kant, que las células cerebrales fabrican pensamientos y que de hecho todo esto no puede ser de otro modo.

¿Quién es pues verdaderamente esta materia todopoderosa? Es de nuevo un dios creador, el que esta vez ha renunciado a su antropomorfismo y en su lugar ha tomado la forma de un concepto general, que todos se imaginan, saber lo que significa. Nuestra conciencia general ha crecido en efecto enormemente a lo largo y ancho, lamentablemente sólo espacialmente y no también temporalmente, de otro modo tendríamos un sentimiento histórico mucho más vivo. Si nuestra conciencia general no fuera efímera sino histórica, sabríamos sobre transformaciones de dioses parecidas en el tiempo de la filosofía griega, que podrían motivarnos a alguna crítica de nuestra filosofía contemporánea. En esta reflexión nos estorba el espíritu del tiempo de la manera más efectiva. Para él historia significa sólo un arsenal de argumentos adecuados, de tal manera que uno puede decir, por ejemplo: ya el viejo Aristóteles sabía..., etc. Frente a este estado de cosas uno se debe preguntar realmente, de dónde obtiene el espíritu del tiempo este inquietante poder. Él es indudablemente un fenómeno psíquico de la mayor importancia, un prejuicio, que de todas maneras es tan esencial, que no podemos acercarnos para nada a nuestro problema del alma, antes de haber hecho lo suficiente con él.

Como ya dije antes, a la tendencia irrefrenable de explicar preferentemente desde lo físico le corresponde el desarrollo horizontal de la conciencia de los últimos cuatro siglos. La tendencia horizontal se

produce como reacción a la exclusivamente vertical de la época gótica. Es un fenómeno psicológico social, que como tal siempre se encuentra más allá de la conciencia individual. Exactamente como los primitivos actuamos en primer lugar y por completo inconscientemente, para descubrir recién tras largo tiempo, por qué actuamos así. En el entretanto nos conformamos con todo tipo de racionalizaciones desacertadas.

Si estuviéramos concientes del espíritu de la época, entonces sabríamos que tenemos la tendencia de explicar preferentemente desde lo físico, porque antes se explicó demasiado desde el espíritu. Este saber nos predispondría de inmediato de modo crítico en relación con nuestro >>penchant<<. Nos diríamos: Lo más probable es que estemos de nuevo cometiendo el error contrario y por ello el mismo error. Sobre estimamos las causas materiales y pensamos que recién ahora se habría encontrado la explicación correcta, porque nos imaginamos que la materia nos sería más conocida que un espíritu >>metafísico<<. La materia nos es, sin embargo, tan desconocida como el espíritu. Nada sabemos sobre las cosas últimas. Recién con este conocimiento volvemos al estado de equilibrio. No negamos con ello de ninguna manera la relación estrecha de lo anímico con la fisiología del cerebro, de las glándulas y del cuerpo. Todavía estamos profundamente convencidos del hecho, que nuestros contenidos de conciencia están determinados en gran medida por nuestras percepciones sensoriales. No podemos negar que la herencia inconsciente nos estampa características del carácter, invariables tanto de tipo físico como anímico y estamos impresionados de manera permanente por el poder de los instintos, los que cohiben o estimulan los contenidos espirituales o de algún modo los pueden modificar. Sí, tenemos que admitirlo, que el alma humana, no importa donde la toquemos, es primero y sobre todo una imagen fiel de todo lo que llamamos material, empírico, de este lado, en causa, fin y sentido. Y finalmente, ante reconocimiento sincero, uno se pregunta si a fin de cuentas el alma no es sino un fenómeno de segundo orden, un llamado epifenómeno, un sustrato completamente dependiente de lo físico. Nuestra propia racionalidad práctica y el estar de este lado dice sí a todo esto, y es sólo nuestra duda de la omnipotencia de la materia, la que podría motivarnos a observar esta imagen científica del alma de manera crítica.

A esta visión del alma le ha sido ya reprochado que convierte todo lo anímico en una suerte de secreción endocrina – pensamientos como secreción del cerebro – y ésta sería precisamente una psicología sin alma. El alma en esta concepción no es por cierto un ens per se, tampoco una cosa existente en y para sí, sino una expresión pura de sucesos de sustrato físico. Que esos sucesos tienen la característica de la conciencia, es en efecto y en fin así, pues si así no fuera, no estaríamos hablando para nada

sobre la psiquis, porque entonces no estaríamos hablando de nada en lo absoluto, puesto que aquélla no existiría. Por tanto, la conciencia sería la *conditio sine qua non* de lo psíquico, esto es del alma misma. De donde todas las psicologías modernas >>sin alma<< son psicologías de la conciencia, en las que no existe algo psíquico inconsciente.

No hay, a saber, *una* psicología moderna, sino muchas. Esto es peculiar, porque hay sólo *una* matemática, *una* geología, *una* zoología, *una* botánica, etc. Pero hay tantas psicologías, que una universidad norteamericana puede publicar anualmente un grueso tomo titulado >Psicologías de los años 30<, etc. Yo creo que hay tantas psicologías como filosofías. No hay tampoco, en efecto, *una* filosofía sino muchas. Menciono esta situación porque entre psicología y filosofía existe una relación indisoluble, garantizada por la conexión de sus objetos: el objeto de la psicología es el alma; el objeto de la filosofía, el mundo, dicho de modo corto. Hasta hace poco la psicología todavía era una parte especial de la filosofía, pero ahora se acerca, como lo predijo Nietzsche, un ascenso de la psicología, que amenaza tragarse a la filosofía. La semejanza interna de ambas disciplinas consiste en que ambas son construcciones de opiniones sistemáticas sobre objetos que se sustraen a una experiencia completa y por ello no pueden ser comprendidos suficientemente por el entendimiento empírico. Por eso estimulan el entendimiento especulativo a formar opinión, y esto ocurre en tal diversidad y en tal medida, que tanto en la filosofía como en la psicología se necesita muchos tomos gruesos para recoger todas las diversas opiniones. Ambas disciplinas no pueden subsistir la una sin la otra y siempre la una entrega las condiciones tácitas y la mayoría de las veces inconscientes de la otra.

El convencimiento moderno del primado de lo físico conduce en primera línea a una psicología sin alma, es decir, que lo psíquico no puede ser ninguna otra cosa que un efecto bioquímico. Una psicología científica, moderna, que explique desde el punto de vista del espíritu, no existe en lo absoluto. Nadie podría hoy en día osar fundamentar una psicología científica a partir del supuesto de un alma autosuficiente e independiente del cuerpo. La idea de un espíritu en sí y para sí, de un sistema del mundo espiritual basado en sí mismo, que fuera la condición necesaria para la existencia de individuos autónomos, es entre nosotros por lo menos sumamente impopular. Debo agregar en verdad que en 1914 participé en un Simposio de la escuela Bedford de Londres, de la Asociación Mind y la Sociedad Psicológica Británica, en una así llamada Joint Session de la Sociedad Aristotélica, cuya pregunta era: >>¿Están las mentes individuales contenidas en dios o no?<< Si alguien debiera disputar en Inglaterra el carácter científico de estas sociedades, a las que pertenece la >>creme<< de la inteligencia inglesa, entonces no encontraría quien quisiera oírle. De

hecho yo era también más o menos el único, que estaba asombrado sobre esta discusión que dejaba pronunciar argumentos del siglo XIII. Este caso debe mostrarles que la idea de un espíritu autónomo, cuya existencia se presupone de modo evidente, no ha muerto todavía en todas partes del mundo espiritual europeo y se ha vuelto un guía fósil del medioevo.

El recuerdo de este hecho puede quizás darnos valor para mirar a la cara de una >>psicología con alma<<, esto es de una doctrina del alma, que estuviera fundada sobre el supuesto de un espíritu autónomo. La impopularidad de un tal atrevimiento no nos debe asustar, pues la hipótesis del espíritu no es más fantástica que la de la materia. Puesto que de hecho no tenemos idea, cómo lo psíquico puede salir de lo físico, y lo psíquico de alguna manera es, entonces tenemos una vez la libertad también de suponer lo contrario, que la psiquis proviene de un principio espiritual de insuficiencia parecida a la de la materia. Una psicología tal podría en verdad no ser moderna, pues moderno es lo contrario. De donde, para bien o para mal, debemos volver a echar mano a la doctrina del alma de nuestros antepasados, porque ellos fueron quienes hicieron tales suposiciones.

La concepción antigua era que el alma sería esencialmente la vida del cuerpo, el aliento vital, una suerte de fuerza vital, que entra durante el embarazo o el nacimiento o la fecundación, en la physis, en la espacialidad y que abandona de nuevo el cuerpo moribundo con la última respiración. El alma es en y para sí un ser inespacial y porque es antes y después de la existencia corporal, entonces es también atemporal y ello significa, prácticamente inmortal. Por supuesto, desde el punto de vista de la psicología científica moderna esta concepción es pura ilusión. Pero dado que aquí no queremos hacer >>metafísica<< y tampoco una de corte moderno, queremos una vez examinar sin prejuicios esta concepción medieval desde su justificación empírica.

Los nombres que los seres humanos dan a sus experiencias son a menudo muy instructivos. ¿De dónde proviene la palabra alma? Alma³ como la inglesa soul, es saiwala en gótico, saiwalô, en germánico antiguo, se compone etimológicamente con el griego aiolos, móvil, colorido, tornasolado. La palabra griega psykhe significa conocidamente también, mariposa. Saiwalô, por otra parte, se compara con el antiguo eslavo, sila, fuerza. Desde estas relaciones cae una luz aclaradora sobre el significado original de la palabra alma: Es fuerza motriz, quizás fuerza vital.

El nombre latino animus = espíritu y, anima = alma, es el mismo que el griego anemos, viento. La otra palabra griega para viento, pneuma,

³ Nota del traductor: alemán, Seele

significa también, como se sabe, espíritu. En gótico nos sale al encuentro la misma palabra como *us-anan*⁴, *expirar*, y en latín, *an-helare*, respirar con dificultad. En alemán antiguo se traduce *spiritus sanctus* por *atum*⁵, respiración. En árabe es *rih*, viento, *ruh*, alma, espíritu. Un parentesco completamente parecido tiene la griega *psykhe*, que se conecta con *psykho*, soplar, *psykhos*, frío, *psykhros*, helado y *physa*, fuelle. Estas conexiones muestran claramente, como en latín, griego y árabe se le ha dado nombre al alma con la representación de aire en movimiento, del >>frío aliento del espíritu<<. De aquí viene también quizás que la concepción primitiva del alma le da un cuerpo sutil invisible.

Se entiende sin más, que como la respiración es la marca de la vida, se pone el aliento por la vida, lo mismo que movimiento y fuerza motriz. Otra concepción primitiva ve el alma como fuego o flama, porque el calor es del mismo modo una señal de la vida. Una concepción primitiva no rara aunque notable, identifica el alma con el nombre. El nombre del individuo es su alma, de aquí la costumbre de utilizar los nombres de los antepasados para encarnar las almas de éstos en los recién nacidos. Esta concepción no significa otra cosa que el reconocimiento de la conciencia del yo como expresión del alma. Abundantemente se identifica también el alma con la sombra, por lo que se trata de una ofensa mortal, pisarle a alguien la sombra. De aquí que sea peligrosa la hora del mediodía (la hora de los espíritus del sur), pues entonces la sombra será muy pequeña, significando lo mismo que amenaza de vida. La sombra expresa lo mismo que los griegos llamaron *synopados*, el que sigue detrás, un sentimiento incomprensible de presente vivo, por lo que también las almas de los que han partido se representan como sombras.

Estas indicaciones mostrarían cómo experimentó el alma la concepción primigenia. Lo psíquico aparece como fuente de vida, como *primum movens*, como un presente fantasmal, pero objetivo. De aquí que el primitivo entienda cómo hablar con su alma, ella tiene voz en él, puesto que ella no es en última instancia él mismo y su conciencia. Lo psíquico es para la experiencia primigenia no la suma de todo lo subjetivo y arbitrario, sino algo objetivo, que vive de sí mismo y se apoya en sí mismo.

Esta concepción está por completo justificada empíricamente, pues no sólo a un nivel primitivo, sino también en el hombre de cultura lo psíquico se muestra como algo objetivo, que se sustrae en gran medida a nuestra arbitrariedad de conciencia. Así, no podemos, por ejemplo, reprimir la mayoría de las emociones, no podemos transformar el mal humor en buen humor, no podemos ni pedir los sueños ni anularlos. Incluso el más

⁴ Nota del traductor: alemán, *ausatmen*

⁵ Nota del traductor: alemán, *Atem*

inteligente de los humanos puede obsesionarse de vez en cuando con pensamientos, de los cuales no puede liberarse ni con los mayores esfuerzos de voluntad. Nuestra memoria puede dar los saltos más locos, que desesperanzadamente sólo podemos admirar, y se nos vienen fantasías a la cabeza, que nunca hubiéramos ni buscado ni esperado. Nos gusta meramente, adularnos con la idea de que somos señores en la propia casa. En realidad, dependemos en aterradora medida, de que nuestra psiquis inconsciente funcione bien por sí sola y no nos abandone dado el caso. Cuando estudiamos la psicología de neuróticos, se nos aparece directamente irrisorio, que haya en absoluto psicólogos, que igualan la psiquis a la conciencia. Y la psicología de neuróticos se diferencia de modo insignificante, como es sabido, de la de los llamados normales, pues - ¿quién no es neurótico hoy en día con toda seguridad?

Frente a este estado de cosas se comprende bien que la antigua concepción del alma tenga su justificación como algo autosuficiente, no sólo objetivo, sino directa y peligrosamente arbitrario. El supuesto posterior, que este misterioso ser atemorizante sea a la vez fuente de la vida, es asimismo psicológicamente entendible, pues la experiencia muestra ya, como la yoidad, a saber, la conciencia, proviene de lo inconsciente. El niño pequeño tiene vida psíquica sin una conciencia del yo demostrable, por eso que los primeros años de vida apenas dejan unas huellas de recuerdo. ¿De dónde vienen esas ocurrencias buenas y oportunas? ¿De dónde entusiasmo, inspiración y todo sentimiento vital elevado? El primitivo siente en el fondo de su alma el dolor de la vida, está profundamente impresionado por la actividad creadora de vida de su alma, por eso cree en todo lo que actúa sobre el alma, a saber, en ritos mágicos de todo tipo. Por eso para él el alma es en absoluto la vida, que no se imagina dominar, sino que depende de ella en todo sentido.

La idea de la inmortalidad, tan inaudita como nos pueda sonar, no es nada extraordinario para la experiencia primitiva. Ciertamente el alma es algo raro. No se la puede localizar correctamente en el espacio, en donde todo lo existente reclama un lugar. Por cierto asumimos que nuestros pensamientos están en la cabeza, pero ya con los sentimientos no estaremos tan seguros, pues parecen habitar más bien la región del corazón. Las sensaciones se reparten completamente por todo el cuerpo. Nuestra teoría es a decir verdad que la sede de la conciencia estaría en la cabeza. Pero los indígenas de Pueblo me dijeron que los norteamericanos estaban locos, porque pensaban que sus pensamientos estaban en la cabeza. Todo humano razonable, no obstante, piensa en el corazón. Algunas tribus de negros no tienen su localización psíquica ni en la cabeza ni en el corazón, si no en el vientre.

A esta inseguridad de la localización espacial se agrega el hecho que los contenidos psíquicos adoptan un carácter en absoluto inespacial, apenas salen de la esfera de la sensación. ¿Qué medida espacial podemos aplicar a los pensamientos? ¿Son pequeños, grandes, largos, delgados, pesados, líquidos, rectos, circulares, o qué? Si quisiéramos imaginar vivamente un ser tetradimensional que niegue el espacio, entonces ciertamente los pensamientos se nos ofrecerían como modelo.

¡Todo sería mucho más simple, si uno pudiera sencillamente negar la existencia de la psiquis! Pero tenemos aquí experiencia inmediata de algo existente, enraizado en nuestra realidad tridimensional medida y equilibrada, de la que se diferencia en todo aspecto y en todo sentido, de la manera más desconcertante y a la que refleja a pesar de todo. El alma podría ser un punto matemático y a la vez todo un mundo estelar. Que para la concepción ingenua un ser tan paradójico roce lo divino, no se le puede censurar. Si no tiene lugar, no tiene cuerpo. Los cuerpos mueren, pero lo invisible, lo inespacial, ¿puede desaparecer? Además estaba ya la vida y el alma antes de que yo fuera, y cuando el yo no sea, como en el sueño o en la inconciencia, hay no obstante vida y alma, como muestra el sueño o como se puede ver en otros. ¿Por qué debería la concepción ingenua, ante tales experiencias, negar que el alma viva más allá del cuerpo? Debo confesar que en estas llamadas supersticiones puedo observar tan poco un sinsentido como en los resultados de la investigación sobre la herencia o de la psicología de los instintos.

Que la concepción antigua le concede al alma un saber más alto, incluso divino, se entiende bien considerando la circunstancia, que las culturas antiguas, hacia atrás hasta la primitividad, han usado constantemente los sueños y las visiones como una importante fuente de conocimiento. De hecho el inconsciente dispone de percepciones subliminales, cuyo radio de alcance linda con lo milagroso. En reconocimiento de esta circunstancia a un nivel primitivo se usará los sueños y las visiones como una importante fuente de información, y sobre esta psicología han surgido poderosas, antiquísimas culturas, como la india y la china, las que han formado hasta lo más fino el camino del conocimiento interno filosófica y prácticamente.

La apreciación de valor de la psiquis inconsciente como fuente de conocimiento no es de ningún modo tan ilusoria, como lo querría nuestro racionalismo occidental. Nuestra tendencia es suponer que en última instancia todo conocimiento siempre proviene de afuera. Sabemos hoy ciertamente, no obstante, que el inconsciente dispone de contenidos, que significan un aumento insoslayable de conocimiento, si pudieran ser hechos concientes. La investigación moderna sobre el instinto en animales,

por ejemplo, en insectos, ha reunido un rico material empírico, que prueba por lo menos, que cuando un humano dado el caso actuara como un insecto determinado, estaría en posesión de un conocimiento superior. Naturalmente no hay modo de probar que los insectos tengan conciencia de su saber, pero que esos contenidos inconscientes son función psíquica, de eso no puede dudar el entendimiento humano sano. Así, el inconsciente humano contiene toda la forma heredada de función y de vida de la serie de antepasados, de tal manera que en cada niño está presente una disposición de función psíquica adecuada ya antes de toda conciencia. También en la vida adulta consciente está constantemente presente y activa esta función instintiva inconsciente. En ella están presentes y preformadas todas las funciones de la psiquis consciente. El inconsciente percibe, tiene intenciones y nociones, siente y piensa de manera similar a la conciencia. Esto lo sabemos lo suficiente desde las experiencias de la psicopatología y de la investigación de la función del sueño. Sólo en un aspecto hay una diferencia completamente esencial entre el funcionamiento consciente e inconsciente de la psiquis. Mientras la conciencia es por cierto intensiva y concentrada, es sólo efímera y enfocada al presente y lo próximo inmediato, dispone también naturalmente sólo de un material de experiencia individual, que se extiende sobre pocas décadas. Una memoria posterior es artificial y consiste esencialmente en papel impreso. ¡Completamente diferente el inconsciente! Éste no es por cierto concentrado e intensivo, sino crepuscular hasta oscuro, es extremadamente extensivo y puede poner unos al lado de otros los elementos más heterogéneos de manera paradójica, dispone con todo junto a una cantidad indeterminada de percepciones bajo el umbral sensorial, sobre el tremendo tesoro de las vivencias de todas las vidas de los antepasados, las que a través de su pura existencia han contribuido a la diferenciación de la especie. Pudiera uno personificar el inconsciente, sería un ser humano colectivo, más allá de la particularidad sexual, más allá de la juventud y la vejez, del nacimiento y la muerte y dispondría de la experiencia humana cercanamente inmortal de uno a dos millones de años. Este humano se elevaría sencillamente sobre el cambio de los tiempos. El presente le importaría tanto como cualquier año en cientos de milenios antes del nacimiento de Cristo, sería el soñador de sueños seculares, y sería un agorero incomparable por razón de su experiencia incalculable. Pues habría vivido innumerables veces la vida del individuo, de las familias, de tribus y pueblos y poseería el ritmo del surgimiento, florecimiento y término en los más vivos sentimientos internos.

Desafortunadamente o más bien felizmente, él sueña; al menos nos parece así, como si este inconsciente colectivo no encerrase en sí una conciencia propia de sus contenidos, pero de lo cual, por otra parte, no estamos completamente seguros, tan poco como con los insectos. Tampoco

parece ser una persona este humano colectivo, sino algo como una corriente infinita o quizás un mar de imágenes y formas, que nos vienen a la conciencia esporádicamente en el sueño o en estados anormales del espíritu.

Sería grotesco si designáramos como ilusión todo este inmenso sistema de experiencia, pues nuestro cuerpo visible y palpable es un sistema de experiencia muy parecido, que aún lleva en sí visibles las huellas de antiquísimos desarrollos e indudablemente es un todo que funciona de acuerdo a un fin, si no, no podríamos vivir en lo absoluto. A nadie se le ocurriría tener por absurda la anatomía comparada o la fisiología, por eso tampoco vale como ilusión la investigación del inconsciente colectivo o la valoración de éste como fuente de conocimiento.

Visto desde nuestra posición externa, el alma se nos aparece esencial como imagen de procesos externos, a través de éstos no sólo ocasionada, sino causalmente creada. Así nos parece también primero, como si el inconsciente sólo se explicara desde afuera y desde la conciencia. Como se sabe la psicología de Freud ha hecho este intento. Esta empresa sólo podría tener éxito verdadero, si el inconsciente fuera de hecho algo, que recién surgiera a través de la existencia individual y la conciencia. Pero el inconsciente está siempre ya antes ahí, pues es la disposición de función heredada desde tiempos remotos. La conciencia es un descendiente del alma inconsciente, nacido más tarde. Sería ciertamente erróneo explicar la vida de los antepasados desde los epígonos posteriores, de donde según mi opinión es falso también considerar el inconsciente en dependencia causal con la conciencia. Lo contrario es por ello más bien lo correcto.

Este es, sin embargo, el punto de vista de la vieja psicología, la que a sabiendas del tremendo tesoro de experiencia oscura, que se ubica escondida debajo del umbral de la conciencia individual, efímera, siempre ha considerado el alma individual como dependiente de un sistema de mundo espiritual. Ella no sólo ha hecho la hipótesis, sino que le era evidente sobre toda duda, que este sistema es un ser con voluntad y conciencia, incluso una persona, y ella ha llamado dios a este ser y éste era para ella la suma de toda realidad. Él era para ella el ser más real, la prima causa, la única desde la que podía ser explicada el alma. Esta hipótesis tiene justificación psicológica, pues llamar dios a un ser casi inmortal con experiencia casi eterna en comparación con el ser humano, no podría valer como injustificado.

Lo que dije antes describe la problemática de una psicología que no se siente llamada a apoyarse en lo físico como fundamento explicativo, sino en un sistema espiritual, cuyo primer motor no es la materia y sus

cualidades o un estado energético, sino dios. Aquí reside cerca la tentación, con una referencia a la filosofía natural moderna, de llamar dios a la energía o élan vital y con ello reunir en uno espíritu y naturaleza. Mientras un experimento tal se limite a la altura nebulosa de la filosofía especulativa, permanece inofensivo. Quisiéramos operar con ella en la esfera más baja de la experiencia científica, entonces nos involucraríamos pronto en las confusiones más insanas, pues aquí se trata de explicaciones prácticas importantes. No ejercitamos, a saber, una psicología con pretensiones sólo académicas, cuyas explicaciones sean insignificantes prácticamente, sino que necesitamos una psicología práctica, que sea correcta en la práctica, es decir, que ofrezca aquellas explicaciones que se debe corroborar en sus resultados prácticos. En el campo de batalla de la psicoterapia práctica dependemos de resultados aptos para la vida, donde no podemos adelantar teorías que no atañen al paciente o incluso lo dañan. Aquí interesa a menudo más y de modo amenazante para la vida, si uno explica desde las características corporales o desde el espíritu. No olvidemos, pues, que para el punto de vista naturalista todo lo que es espíritu, aparece como ilusión, y que al revés debe negar y superar el espíritu, a menudo un hecho físico impositivo, para poder existir él mismo. Conozco sólo valores naturales, entonces voy a desvalorizar, impedir o destruir el desarrollo espiritual de mi paciente, a través de mis hipótesis físicas. Pero si en última instancia sólo voy tras puntos de dirección espirituales, entonces comprendo mal y violento al hombre natural en su derecho existencial físico. No pocos suicidios se retrotraen a tales errores en el tratamiento psicoterapéutico. Si la energía es dios o dios, energía, me interesa poco, pues ésto no lo puedo saber, de todas maneras. Cómo debe ser explicado psicológicamente, ésto debo saberlo.

El psicólogo moderno no está más con uno o con otro punto de vista, sino entremedio, en un peligroso tanto lo uno como lo otro – ¡una de las más seductoras ocasiones para un oportunismo carente por completo de carácter! Este es sin duda el gran peligro de la coincidentia oppositorum, de la liberación intelectual desde la antinomia. ¿Cómo puede de tal equivalencia de dos hipótesis opuestas surgir algo distinto a una indeterminación sin forma ni dirección? La ventaja de un principio explicativo unívoco es frente a ésto sin más algo obvio: permite un punto de vista que da una dirección. Sin duda se trata aquí de un problema muy difícil. Debemos tener una realidad, un fundamento explicativo real, en el que podamos apoyarnos y es completamente imposible, que el psicólogo moderno siga perseverando en el punto de vista físico, una vez que la justificación del punto de vista espiritual le ha quedado clara. Él no podrá tampoco adoptar del todo este último, pues las razones para la validez relativa del punto de vista físico no pueden ser dejadas de lado. ¿A qué debe atenerse uno, por tanto?

Para solucionar este problema hice la siguiente reflexión. El conflicto entre naturaleza y espíritu es la imagen del ser anímico paradójico: Tiene un aspecto físico y un aspecto espiritual, que aparece como una contradicción porque en última instancia no entendemos el ser de lo anímico. Siempre que el entendimiento quiere hacer una afirmación acerca de algo que en el fondo no ha comprendido ni puede comprender, debe, si es honesto, incurrir en contradicción, debe partirse en sus términos contrarios, para poder reconocer en alguna medida. El conflicto entre el aspecto físico y el aspecto espiritual demuestra sólo que lo psíquico es en última instancia algo incomprendible. Sin duda es nuestra única experiencia inmediata. Todo lo que experimento es psíquico. Incluso el dolor psíquico es una imagen psíquica, que experimento; todas mis impresiones sensoriales que me imponen un mundo de cosas impenetrables, que llenan el espacio son imágenes psíquicas, que únicamente representan mi experiencia inmediata, pues sólomente ella es la que tiene mi conciencia como objeto inmediato. Sí, mi psiquis cambia y falsea la realidad en tal medida que necesito medios artificiales, para poder establecer lo que son las cosas fuera de mí, que, por ejemplo, un sonido es una oscilación del aire de una determinada frecuencia, y un color es una determinada longitud de onda de la luz. En el fondo estamos a tal punto envueltos en imágenes psíquicas, que no podemos avanzar en lo absoluto hacia el ser de las cosas fuera de nosotros. Todo lo que podemos conocer de algún modo consiste en material psíquico. La psiquis es el ser más real, por que es lo único inmediato. En esa realidad se puede apoyar el psicólogo, a saber, en la *realidad de lo psíquico*.

Tratamos de penetrar más profundamente en este concepto, entonces nos parece como si ciertos contenidos o imágenes, a los que pertenece también mi cuerpo, tuvieran su origen en un llamado medio ambiente físico, otros provienen de una llamada fuente espiritual, que parece diferente de las cosas físicas, pero no son por eso menos reales. Si me imagino pues, qué auto deseo comprarme, o en qué tipo de estado se encuentra el alma de mi padre muerto, si me enoja un hecho externo o un pensamiento, ello es psíquicamente igual de real. Sólo se refiere lo uno al mundo físico y lo otro al mundo de las cosas espirituales. Cuando traslado mi concepto de realidad hacia la psiquis, modo único para que se encuentre realmente en su lugar, entonces se termina también con ello el conflicto entre naturaleza y espíritu como razones explicativas. Se convierten en puras *designaciones de origen para los contenidos psíquicos*, que se abren paso hacia mi conciencia. Cuando un fuego me quema, entonces no dudo de la realidad del fuego. Pero cuando tengo miedo de que pudiera aparecerme un espíritu, entonces busco refugio detrás del pensamiento de que se trata de una pura ilusión. Pero como el

fuego es una imagen psíquica de un proceso relacionado con las cosas, cuya física en última instancia nos es desconocida, así mi miedo al fantasma es una imagen psíquica de origen espiritual, igual de real que el fuego, pues me produce miedo real, exactamente como el fuego me produce dolor real. De qué proceso espiritual arranca el miedo al fantasma me es tan desconocido, en última instancia, como la naturaleza desconocida de la materia. Y así como no pienso explicar la naturaleza del fuego, de otro modo que a través de conceptos químicos y físicos, así tampoco se me ocurre, entender mi miedo al fantasma de otro modo que a través de factores espirituales.

El hecho que la experiencia inmediata es sólo psíquica y por ello la realidad inmediata sólo puede ser psíquica, explica por qué para el humano primitivo los espíritus y efectos mágicos son tan del tipo de las cosas como los sucesos físicos. El primitivo no ha roto aún su experiencia original en antinomias. En su mundo se compenetran todavía espíritu y materia, y los dioses pasean todavía por bosques y valles. Es todavía como un niño, recién a medias nacido, todavía soñando encerrado en su alma, en el mundo como realmente es, todavía sin despedazar por las dificultades cognoscitivas de un entendimiento crepuscular. De la división del mundo originario en espíritu y naturaleza occidente se ha salvado la naturaleza, en la que cree temperamentalmente y en la que siempre sólo se enreda más, con todos los intentos de espiritualización dolorosos y desesperados. Oriente, en cambio, escogió el espíritu, explicando la materia como Maya, para seguir ensoñando en la miseria y la mugre asiática. Pero como sólo hay *una* Tierra y oriente y occidente no pueden partir *una* humanidad en dos mitades diferentes, entonces la realidad psíquica consiste todavía en unidad primigenia y espera el progreso de la conciencia humana desde la creencia en uno y la negación del otro hasta el reconocimiento de ambos como elementos constitutivos de *un* alma.

La idea de la realidad psíquica se puede designar bien como la más esencial de las innovaciones de la psicología moderna, cuando se la reconozca como tal. Me parece, sin embargo, sólo una cuestión de tiempo, hasta que esta idea se abra paso de modo general. Debe abrirse paso, pues esta sola fórmula permite honrar la diversidad de los fenómenos anímicos en su singularidad. Sin esta idea es inevitable que cada vez toda una mitad de lo psíquico sea violada por la explicación. Con esta idea, no obstante, ganamos la posibilidad de ser justos con aquel lado de lo anímico que se expresa en supersticiones y mitología, en religiones y filosofía. Y de verdad este aspecto del alma no se debe menospreciar. La verdad asequible a los sentidos puede bastarle a la razón, pero no otorga jamás un sentido de la vida humana, que también agarra y expresa el ánimo. Las fuerzas del ánimo, sin embargo, son muy a menudo los factores

que deciden principalmente y en última instancia, en las buenas como en las malas. Pero cuando aquellas fuerzas no vienen en ayuda de nuestra razón, entonces ésta se muestra impotente la mayoría de las veces. ¿Nos ha protegido quizás la razón y la buena intención, de la guerra mundial o de otro absurdo catastrófico? ¿O surgieron de la razón las revoluciones espirituales y sociales, como por ejemplo, la transformación de la forma antigua de la economía hacia la medieval, o la expansión explosiva de la cultura islámica?

Como médico no me veo tocado naturalmente de modo inmediato por estas preguntas que mueven el mundo, sino que trato con enfermos. Si ya era el prejuicio de la medicina actual, que uno podía y debía tratar y curar la enfermedad en y por sí, así habrá en los nuevos tiempos voces estentóreas que declaren absurda esta concepción y recomienden no el tratamiento de la enfermedad sino el de los seres humanos enfermos. Esta misma exigencia se nos impone en el tratamiento de los dolores anímicos. Alejamos nuestra mirada más y más de la enfermedad visible y la dirigimos hacia el ser humano total, pues hemos comprendido que precisamente el dolor anímico no es un fenómeno localizado, estrechamente limitado, sino que es en sí mismo síntoma de una cierta disposición falsa de la personalidad completa. Una cura radical no puede por ello nunca esperarse de un tratamiento restringido al dolor mismo, sino de un tratamiento de la personalidad entera.

Me acuerdo en relación con ésto de un caso muy instructivo: Se trata de un hombre joven muy inteligente, quien por razón de sus estudios de la bibliografía especializada en medicina había trabajado un detallado análisis de su neurosis. Trajo sus resultados en la forma de una monografía en verdad excelentemente bien escrita, por decirlo así, lista para la imprenta y me pidió leer el manuscrito y entonces decirle por qué aún no estaría curado, a pesar que de acuerdo a su opinión científica, debería estarlo verdaderamente. Tuve que confesarle después de efectuada la lectura, que si la comprensión se refería sólo a la estructura causal de su neurosis, debía estar necesariamente curado. Que aún no lo estuviera, debía fundarse lo más probable, en que él cometía un error principal en su disposición total ante la vida, que por cierto había de encontrarse más allá de la sintomatología de su neurosis. Pues bien, en su anamnesis me había llamado la atención que él pasaba los inviernos en St. Moritz o en Niza. Le pregunté, pues, quién pagaba estas estadías, en realidad, de lo cual se pudo establecer que una pobre profesora de escuela pública, que lo amaba, se quitaba el pan de la boca para ahorrar el dinero, y posibilitar al joven estas estadías curativas. En esta falta de conciencia reside la razón para la neurosis y la explicación por qué tampoco nada ayuda toda la comprensión científica. Aquí reside el principal error de la postura moral. El

paciente encontró mi opinión extremadamente no científica, pues la moral no tiene nada que ver con la ciencia. El creía que podía abstraerse científicamente de la inmoralidad, la que en el fondo él mismo no soportaba; y no era tampoco un conflicto, pues por cierto su amante le daba el dinero voluntariamente.

Uno puede pues pensar científicamente al respecto, como uno quiera, pero ello no cambia nada el hecho que ampliamente la mayoría de los humanos civilizados sencillamente no soportan una postura semejante. La postura moral es un factor real, con el que debe contar el psicólogo, si no quiere incurrir en graves errores. Lo mismo vale para el hecho que ciertas convicciones religiosas no fundables racionalmente son una necesidad vital para mucha gente. Son realidades anímicas, por otra parte, las que pueden causar y curar enfermedades. Cuán a menudo escuché ya clamar a un enfermo: >>¡Si hubiera sabido que mi vida tenía algún sentido y un fin, entonces no hubiera necesitado toda esta historia de nervios!<< Si el referido, pues, es rico o pobre, si tiene o no familia y trabajo, no importa nada en absoluto, pues este hecho no le basta hace tiempo como sentido de la vida. Se trata mucho más de la necesidad irracional de una así llamada vida espiritual, que no puede recibir, sin embargo, ni de las universidades, ni de las bibliotecas, ni tampoco de las iglesias. Pues no la puede aceptar, porque sólo toca su cabeza, pero no conmueve su corazón. En un caso tal el conocimiento correcto de los factores espirituales es por parte del médico sencillamente de importancia vital, y en esta necesidad vital sale al encuentro el inconsciente del paciente también en cuanto, por ejemplo, en los sueños saca contenidos, cuya naturaleza deben ser reconocida como esencialmente religiosa. Mal comprender la proveniencia espiritual de tales contenidos, significa un tratamiento erróneo y por ende fracaso.

De hecho las representaciones generales del espíritu son una parte imprescindible de la vida anímica, que se deja ver en todos los pueblos que se alegran de un inconsciente más o menos bien articulado. Su ausencia parcial o acaso su negación ocasional en pueblos de gran cultura debe ser comprendido como un signo de degeneración. Después que el desarrollo actual de la psicología ha hecho hincapié en la dependencia física del alma, la tarea futura de la psicología será la investigación de la dependencia espiritual de los procesos anímicos. Pero la historia natural del espíritu se encuentra hoy todavía en un estado que sólo se deja comparar con el de la ciencia natural en el siglo XIII. Recién comenzamos a juntar experiencias.

Si la psicología moderna puede en lo absoluto jactarse de haber corrido algún velo de la imagen oculta del alma, entonces es el de su apariencia

biológica que hasta ahora se había sustraído a la mirada investigadora. Podemos comparar la situación actual al estado de la medicina en el siglo XVI, en el que se comenzó a conocer la anatomía, pero todavía no se tenía idea de la fisiología. Así nos es conocida también la vida espiritual del alma, recién en los más pequeños pedazos. Sabemos hoy por cierto, que hay en el alma procesos de cambio dependientes del espíritu, que también están, por ejemplo, en la base de las conocidas iniciaciones de la psicología de los pueblos naturales o en los estados derivados del yoga. Pero todavía no nos ha resultado establecer su regularidad peculiar. Sabemos sólo que una gran parte de las neurosis se funda en una perturbación de esos procesos. A la investigación psicológica no le ha resultado develar la imagen del alma cubierta por múltiples velos, pues es inaccesible y oscura como todos los secretos vitales profundos. En el fondo no podemos hacer mucho más que hablar al respecto, lo que ya hemos intentado y que pensamos hacer en el futuro, para poder resolver aproximativamente el enigma.